

El Mejor Cuento

Solo quería escribir un cuento que traspasara las fronteras de mi pequeño pueblo. Así que me sumergí de lleno en mi habitación y, ansioso por comenzar mi aventura, no di espacio al cansancio ni a ningún comentario que pudiera desviarme del camino.

Mientras pensaba en lo que iba a redactar, presumí por un momento la historia terminada. En aquel momento sentí el golpeteo de la puerta; era María, con esa voz chillona que hacía que todos se estremecieran al oírla. Estás nuevamente tratando de escribir, ¿cuándo desistirás? ¿No crees que ya has perdido demasiado tiempo? Ya es hora de que dejes de lado todas esas tonterías.

Luego de abandonar la habitación, María, con aquel sello característico que fue perfeccionando con el tiempo, hizo sonar el portazo. Pensé: María no sabe nada del dolor. ¿Qué sabe ella de estas cosas? ¿Qué sabe ella de perder la inspiración? Entonces, con una fuerza inusitada, tomé aquel papel que en algún segundo perdería su virginidad a manos de mis letras negras de sufrimientos del pasado, del presente y de no importarme el futuro, excepto escribir mi relato. Me propuse que esta vez sí lograría escribir, pero María se encargó de echar por la borda mis sueños, mis anhelos, y devolviéndome una vez más a la frustración, a la ira, al desconsuelo. Exclamó: permíteme decirte que nunca lo lograrás. ¿Qué esperas para claudicar esta fantasiosa idea? Vuelve a la realidad. ¿No te das cuenta de que eres un perdedor?

María nuevamente se empeñaba, con más fuerza, en exponer mis debilidades sin parar para que yo viera la realidad, su realidad. Entonces decidí no hacerle caso; la mejor aventura se estaba por escribir.

En la habitación yacía una mujer sin vida en el suelo, pálida y congelada, con una expresión de horror. La cabeza de la víctima presentaba signos evidentes de trauma, con hematomas y laceraciones visibles. Todo indicaba que había sido brutalmente golpeada por un objeto contundente, algo parecido a una máquina de escribir.